

El habitante de las multitudes

Aquél que no sabe poblar su soledad, no sabe tampoco estar solo en una multitud atareada.

C. Baudelaire

De la ciudad

La ciudad de la actualidad,¹ tal y como la conocemos sus habitantes, no es sino uno de los componentes que conforman nuestra realidad ordinaria; no podemos referirnos a ella como un ente estático, aislado de todo aquello que confluye y fluye junto con ella. Las *formas urbanas* que conocemos son el resultado de una modificación constante e inacabable, cuya constitución se remonta a miles de años: siendo las aldeas su ancestro remoto, en las cuales se logró el desarrollo agrícola, el perfeccionamiento de la domesticación de plantas y animales, así como nuevas estructuras de dominación; sin dejar de lado la concepción simbólica del espacio y su ordenamiento, en concordancia con la cosmovisión imperante. Sin embargo encontramos una huella más próxima y radical en nuestras ciudades contemporáneas, que corresponde a aquélla dejada por el pensamiento moderno: el antropocentrismo del Renacimiento, así como el vuelco del sistema económico y tecnológico que trajo consigo la Revolución industrial del XVIII.

Tras un par de siglos de intentos fallidos, ha dejado de concebirse la ciudad como el territorio del progreso y la modernidad. La idealización de una nueva forma de vida que acompañó el desarrollo urbano del siglo XX ha encarnado más una decepción que un éxito. Hoy en día las grandes ciudades han cesado de cumplir los sueños de aquellos que llegan en busca de una mejor calidad de vida, y han reverberado los estados de desdicha de los *de por sí* desdichados. No obstante la complejidad que se deriva del estudio de éstas, lo que nos ocupa aquí se limita sólo a una parte de la experiencia de la cotidianidad del hombre ciudadano, de aquél que concibe su ciudad como aquello que “siempre ha estado allí”, que construye su existencia en sincronía con el ritmo actual de la vida urbana.

¹ Refiriéndonos implícitamente a la Ciudad de México de principios del siglo XXI, la cual es parte de las herederas del pensamiento y desarrollo occidentales.

Del paseante

Sabemos que las multitudes no son una característica exclusiva de las ciudades “hipermodernas” de nuestra época, más bien podría pensarse que “tumulto” debería ser un sinónimo de “ciudad”. Sin embargo, aquellas multitudes que habitaban la ciudad de París del siglo XIX, a las que Baudelaire se arrojaba –como se arrojaban los poetas a la naturaleza en busca de inspiración– no comparten las mismas características de las que podemos encontrar a lo largo y a lo ancho de la nuestra.

El *flâneur* que describe Walter Benjamin, es un observador de la multitud informe, que permanece pasivamente en un café, protagonizando a un espectador errante que mira curiosamente la arquitectura urbana y sus paisajes.² Este personaje, que se sitúa en los márgenes del sistema moderno de producción de su época, se encuentra enteramente ligado a los lugares típicos de la ciudad, como son la calle, el café, la estación, el hotel, el museo. Siendo éstos, lugares de paso, lugares tan comunes como vulgares, lugares alejados de lo sagrado.³ La experiencia de éste subyace tras dos papeles: el de observador anónimo, alejado de la masa y de aquello que analiza –tal como el personaje de Poe que se entrega a la realidad urbana permaneciendo detrás del cristal del café⁴–; y del caminante que se funde con la efervescencia de la multitud –otro personaje del mismo relato, quien encuentra su hogar entre los desconocidos, entre el tumulto de la ciudad. Ambos, imperceptiblemente, se dejan llevar por las fantasmagorías del mundo exterior, su cotidianidad se construye mediante el salir de sí y devenir *otro*, y este otro será siempre la multitud.⁵

Lo que buscaba el *flanêur* –cuyo mejor ejemplo lo encontramos no sólo en su obra, sino en la vida misma de Baudelaire–, no era el pronunciarse radicalmente contra una u otra postura política o ideológica, ni reconocerse con alguna clase social específica; contrario a ello, se trataba de un ser “asocial” buscando descolocarse de lo preestablecido. Aunque

² “Le flâneur benjaminien est un observateur de la foule informe, amorphe, qui reste passagèrement dans un café, un spectateur errant qui regarde en simple curieux les architectures urbaines et les passages”. Lee, Changnam. “**Le flâneur urbain et la masse-nomade. Réflexion inspirée des textes de Benjamin et de Kracauer des années 1920-1930**” en *Sociétés* 2011/2 (n°112). Recuperado el 01 mayo 2017 en: <https://www.cairn.info/revue-societes-2011-2-page-123.htm>.

³ “Le type de flâneur qui se situe dans les marges du système moderne de la production est lié étroitement aux lieux typiques de la ville comme la rue, le café, le grand magasin, le cinéma, la gare, le casino, l’hôtel, le musée, etc. Ces lieux sont des lieux où l’on reste provisoirement, des lieux vulgaires, non sacrés, des flâneurs”. Lee, Changnam. *Op.cit.*

⁴ Poe, Edgar A. *El hombre de la multitud* en *Biblioteca virtual universal*. Recuperado el 30 abril 2017 en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130662.pdf>

⁵ “L’expérience de mélange dans la foule du flâneur n’est pas loin de celle de se laisser aller dans les fantasmagories du monde extérieur. C’est comme l’expérience du consommateur dans le grand magasin et celle du touriste. Sortir de soi et devenir un autre, qui serait la foule ou la fantasmagorie du monde extérieur”. Lee, Changnam. *Op.cit.*

inmerso en las multitudes, el *flâneur* actuaba como un *voyeur*, como un “animal ascético”⁶ escudriñando el Genius Loci mediante la reinención de sus andares cotidianos. Los paseos parisinos del *flâneur* eran un acto desinteresado, encarnaban la entrega inocua a las novedades de la transformación urbana y sus experiencias; y con ello, al observar, escuchar y rumiar su realidad, habitando en diferentes épocas, imaginaba lo que fue y lo que pudo haber sido.

De la multitud

Aquello que hoy nos distancia de la concepción del mundo de aquél personaje, es más que casi dos siglos de separación. La ciudad misma que se nos presenta cada mañana al salir de casa, al recorrer sus calles, sus estaciones, sus lugares y no-lugares, participa en la configuración de nuestro pensamiento. Si bien la ciudad contemporánea ofrece una sobreestimulación a la que sería fácil arrojarse –al igual que lo hizo en su momento la ciudad de París–, tanto su concepción como las *formas de habitarla*, distan mucho de la entrega desinteresada del *flâneur*, y aún de los posteriores intentos de Dada, de los surrealistas y los situacionistas que quisieron encontrar su poesía, su inconsciente y su arte.⁷

En cuanto a los flujos en la urbe contemporánea, no cabe duda que el automóvil representa la característica más predominante; además de repercutir en la morfología de la ciudad –más calles que senderos, más avenidas que caminos, más estacionamientos que lugares de encuentro–, representa un papel de suma importancia en la mentalidad actual; por mencionar sólo algunos, se concibe como el “medio de transporte por excelencia”, es sinónimo de seguridad ante la delincuencia latente del espacio público, encarna el *status* de una clase social idealizada, representa un empoderamiento individual cuasi absurdo, etc. Sin embargo, el andar sigue siendo la práctica cotidiana por excelencia.

Nuestra ciudad todavía es escenario de multitudes de diversa índole, entre ellas encontramos por ejemplo a la multitud que se congrega para escuchar un concierto de jazz al aire libre, aquella que se dirige a un partido de fútbol en el Estadio Azteca, la que converge

⁶ “Like an ascetic animal, he flits through unknown districts –until, utterly exhausted, he stumbles into his room, wich receives him codly and wears a strange air.” Benjamin, Walter. *The arcades Project*. USA, Harvard University Press, 2002, p.417

⁷ Sabemos que históricamente, el andar ha producido arquitectura y paisaje, esta práctica –casi olvidada por los arquitectos contemporáneos, quienes proyectan para el automóvil–, se ha visto reactivada por los poetas, los filósofos, los artistas, que son capaces de ver aquello que no existe –en nuestra realidad ordinaria–, y hacer que surja algo de ello. Careri, Francesco. *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona, Gustavo Gili, 2009, p.13

en la Feria de la Nieve en Xochimilco, la que se reúne en mítines políticos, o la que marcha por los 43 normalistas de Ayotzinapa hacia la plaza de la Constitución. Y más ordinariamente, nos topamos con la multitud que se dirige a la escuela, a su trabajo, a su hogar, a diario, tal como nosotros lo hacemos.

La acción cotidiana de recorrer grandes distancias dentro de la ciudad se incluye generalmente dentro de las *actividades necesarias*, las cuales poseen un carácter de obligatoriedad. Éstas se realizan durante todo el año, en casi toda clase de condiciones y son más o menos independientes del entorno externo;⁸ esta acción compartida por la colectividad, generalmente se reduce a la necesidad de llegar de un punto A a un punto B.⁹ En la rutina cotidiana de las grandes ciudades, para buena parte de sus habitantes, los espacios exteriores se asocian de manera directa con los cotidianos desplazamientos.¹⁰ Alicia Lindón menciona que “la miseria de lo repetitivo se expresa en la transformación del sujeto-habitante de la ciudad en transeúnte, cuyo único objetivo es llegar a cierto lugar”. El transeúnte no habita la ciudad, sólo circula a través de ella como si sus espacios fueran un vacío, en el que la meta principal es vencer la resistencia de la distancia.¹¹

De esta manera, si nos preguntamos cómo es recorrida la ciudad en nuestros días – considerando únicamente el acto de caminar–, podemos suponer dos formas predominantes: el *recorrido necesario*, que es el característico de la rutina cotidiana, anteriormente descrito; y el *recorrido opcional*, cuyos rasgos derivan de las *actividades opcionales*, en las cuales se participa si existe el deseo de hacerlo o si lo permite el tiempo y el lugar.¹² En este sentido, los *recorridos opcionales* en la urbe contemporánea podrían concebirse como aquellos donde no interviene el rasgo de obligatoriedad, por ejemplo el simple hecho de decidir salir al

⁸ Entre las *actividades necesarias* se encuentran las tareas cotidianas y los tiempos muertos –o de espera; entre otras, este tipo de actividades incluye la mayor parte de las relacionadas con la acción de caminar. Gehl, Jan. *La humanización del espacio urbano. La vida social entre los edificios*. Trad. María Teresa Valcarce. Reverté, Barcelona, 2006, p.17

⁹ Los desplazamientos en transporte público y en automóvil particular comparten la reducción experiencial del espacio recorrido a un intersecto que une el lugar de partida con el de llegada. Asimismo, en el desplazamiento en metro, el espacio a lo largo del cual ocurre el desplazamiento es prácticamente anulado. De esta manera, los recorridos se reducen a unos puntos unidos por el desplazamiento cotidiano pero sin conocimiento de los lugares que median entre los extremos. Lindón, Alicia, “El habitar la ciudad, las redes topológicas del urbanita y la figura del transeúnte” en *Identidad y espacio público. Ampliando ámbitos y prácticas*, México, Gedisa, 2014, p.71

¹⁰ *Ibidem*, p.69

¹¹ *Ibidem*, p.72

¹² Esta categoría incluye actividades como dar un paseo, sentarse en el parque a tomar el sol, etc. Dichas actividades se realizan sólo cuando las condiciones externas son favorables, y cuando el tiempo y el lugar invitan a ello. Gehl, Jan. *Op.cit.*, pp.17-18

mercado de artesanías un domingo por la mañana, visitar el Centro Histórico o dar un paseo por el Bosque de Tlalpan.

Si bien en ambas formas de recorrer peatonalmente el espacio urbano –incluyendo calles, avenidas, puentes peatonales, plazas, estaciones del metro, etc.–, aparentemente se presentan los mismos rasgos que suscitan una sobreestimulación, por un lado como asalto y por el otro como polifonía sensorial, la variación entre una y otra experiencia espacial podría radicar en la predisposición del habitante. El *recorrido necesario* es regido por la prisa, donde la distancia es medida en unidades de tiempo, donde empuja el temor ante el retraso; tornando así la atmósfera de la ciudad, que alguna vez fue mágica y misteriosa, ahora impregnada de enajenación e indiferencia.¹³ Y en el otro sentido, el *recorrido opcional* tiende a lo sublime, o al menos se abre al acontecimiento y la posibilidad. Este último podría acercarse a lo experimentado por el *flâneur*, sin embargo lo cierto es que las posibilidades de habitar (en toda la complejidad que el término implica) el espacio urbano se ve absorbido por nuevos ocupantes de nuestra ciudad hipermoderna.

Consideraciones finales

Sabemos que la “encarnación” visible de la imagen de una época es el resultado de su actividad constructiva; cada época construye las ciudades a su imagen y semejanza, convirtiéndose en un espejo donde se mira a sí misma.¹⁴ Y siendo así, también sabemos que nuestra ciudad es invadida por los territorios de la farsa. A saber, el espacio urbano adquiere su forma bajo la convicción del consumo: centros comerciales y tiendas de todo tipo resultan ser los atrayentes por excelencia de las *actividades sociales*, desplazándolas de los territorios de la banalidad y del inconsciente.¹⁵

Si bien el consumo tampoco es algo inherente a nuestra época, sí lo es la ficción del comercio, el imaginario latente de los escaparates –que precisamente tiene su origen en los

¹³ “La prisa es enemiga de la confianza y la intimidad, allí donde la gente tiene prisa y no tiene tiempo, allí donde la empuja el temor ante la posibilidad del retraso y la tardanza, allí no hay lugar para relaciones de proximidad y confianza entre la gente y de la gente con las cosas.” Kosik, Karel, *Reflexiones antediluvianas*, Trad. Fernando de Valenzuela. México, Ítaca, 2012, pp.64-65

¹⁴ Kosik, Karel. *Op.cit.*, p.77

¹⁵ Las *actividades sociales* son todas aquellas que dependen de la presencia de otras personas en los espacios públicos. Incluyen los saludos, conversaciones, actividades comunitarias y contactos de carácter pasivo (como ver y oír a otras personas). Éstas se producen de manera espontánea y como consecuencia de la deambulación y presencia de gente que comparte el espacio; se refuerzan indirectamente cuando a las actividades necesarias y opcionales se les proporcionan mejores condiciones en los espacios públicos. Gehl, Jan. *Op.cit.*, pp.20,29

pasajes parisinos que frecuentaba nuestro *flâneur*-. La mercadotecnia y el consumo incluso han invadido espacios sagrados como son los centros históricos, convirtiendo el arte y la cultura en meros “arlequines” a su servicio. No obstante nuestros mercados, “tianguis” y a veces el comercio ambulante, revelan un pasado todavía immaculado, guardando algo de la magia de nuestro mestizaje. Con ello se hace necesario recuperar nuestros (hoy escenográficos) espacios públicos, además de reinventar el habitar urbano ¿Será que necesitamos una especie de “guía de lo maravilloso cotidiano” para apreciar aquello que vive en el interior de la ciudad?¹⁶

Para intentar contrarrestar los malestares de nuestra cultura posmoderna, hipermoderna, no-moderna, o como quiera llamársele, no resulta descabellado intentar concebir –tal como lo intentó Dada a principios del siglo pasado¹⁷–, el acto de recorrer el espacio como forma estética dentro de la realidad de la vida cotidiana; reconfigurar el andar como objeto de la producción arquitectónica y urbana; pasar de la idealización del progreso, al *habitar* la ciudad de la banalidad, con el fin de llegar a la unión del arte con la vida, de lo sublime con lo cotidiano.¹⁸ No resulta alarmante entonces, pretender transformar la realidad en algo maravilloso con la construcción de situaciones en la vida diaria,¹⁹ ya que “La poesía está contenida en la forma de la ciudad”,²⁰ sólo hay que aprender a mirarla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Benjamin, Walter. *The arcades Project*. USA, Harvard University Press, 2002

Careri, Francesco. *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona, Gustavo Gili, 2009

Gehl, Jan. *La humanización del espacio urbano. La vida social entre los edificios*. Trad. María Teresa Valcarce. Reverté, Barcelona, 2006

¹⁶ Careri, Francesco. *Op.cit.*, p.84

¹⁷ “El primer ready-made urbano de Dada señala la transición desde la representación del movimiento hasta la construcción de una acción estética que debía llevarse a cabo en la realidad de la vida cotidiana” p.70

¹⁸ *Ibidem*, p.73

¹⁹ Para los situacionistas, la ciudad era un terreno pasional objetivo, más que subjetivo e inconsciente, la cual encarnaba la realidad que para ellos, mediante la *dérive*, habría de convertirse en algo maravilloso con la construcción de situaciones en la vida cotidiana. *Ibidem*, pp.93-94

²⁰ *Ibidem*, p.98

Kosik, Karel, *Reflexiones antediluvianas*, Trad. Fernando de Valenzuela. México, Ítaca, 2012

Lindón, Alicia, “**El habitar la ciudad, las redes topológicas del urbanita y la figura del transeúnte**” en *Identidad y espacio público. Ampliando ámbitos y prácticas*, México, Gedisa, 2014

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

Lee, Changnam. “**Le flâneur urbain et la masse-nomade. Réflexion inspirée des textes de Benjamin et de Kracauer das les années 1920-1930**” en *Sociétés* 2011/2 (n°112). Recuperado el 01 mayo 2017 en: <https://www.cairn.info/revue-societes-2011-2-page-123.htm>

Poe, Edgar A. *El hombre de la multitud* en *Biblioteca virtual universal*. Recuperado el 30 abril 2017 en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130662.pdf>

NOTAS